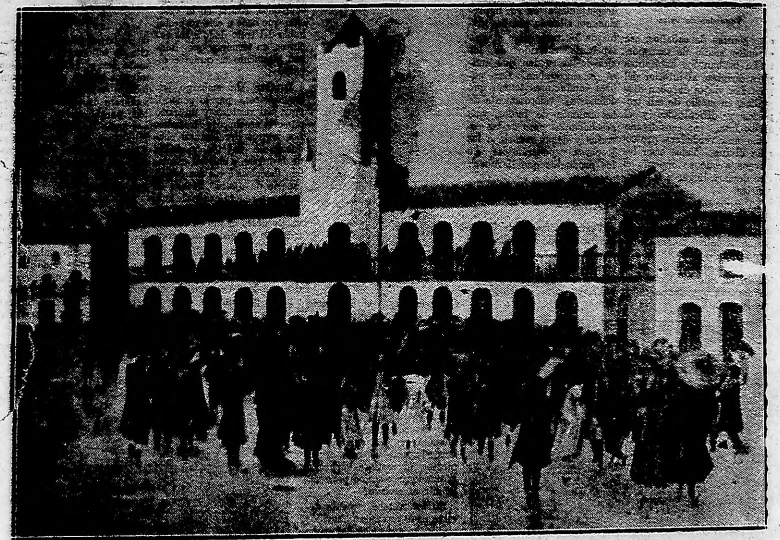
Crítica
para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 25 de Mayo de 1927 No. 89

1810 - 25 DE MAYO - 1927



La significación del día de hoy—

HOY se cumple un nuevo aniversario del día que el pueblo de Buenos Aires, agolpado a las puertas del Cabildo apoyó a los ciudadanos esclarecidos que se habían reunido a deliberar acerca del nuevo Gobierno, independiente del reino de España, que debía dirigir desde entonces los destinos de la nueva nación, que surgía a la faz de la tierra, como tan heróicamente lo pregona la música del himno.

El aspecto de la plaza el 25 de Mayo de 1810

Buenos Aires ha cambiado muchísimo en cien años. Si volvieran ahora los habitantes de la época colonial, se sorprenderían ante el aspecto de la gran ciudad moderna, con sus dos millones de habitantes, sus anchas avenidas, sus innumerables calles y sus edificios de veinte pisos.

En 1810, la plaza hoy llamada de Mayo, en conmemoración del glorioso día, no estaba, como actualmente, rodeada de fastuosos edificios, ni iluminada, ni concurrida y adornada. Era una plazuela sin ningún atractivo, atravesada, desde Defensa hasta Reconquista por la "Recova vieja", donde se situaban los vendedores de empanadas, tortas fritas, dulces, velas, géneros, caramelos, etc.

Tampoco había estatua, ni ornamento alguno hasta que en 1811, se concluyó la pirámide que hoy está revestida, a su vez, por otra que la custodia de las acechanzas del tiempo.

Una ligera descripción de la colonia y de su vida—

La ciudad colonial, que luego se transformó en la "gran aldea" y hoy es una de las capitales más importantes del mundo; tenía, antiguamente, un perímetro reducido. Las quintas, las afueras de la ciudad empezaban mucho más acá de la calle Pueyrredón, que hoy es una de las más centrales.

Las casas eran bajas, con puertas anchas y balcones y ventanas roladas. No había ninguna de más de un piso. Se caracterizaban por sus grandes patios y sus zaguanes en los cuales ardía, generalmente, de día y de noche, un farolito o una vela alumbrando la imagen de la virgen.

El alumbrado era malísimo y el pésimo estado de las calles, comúnmente embarradas y sin veredas, obligaba a los vecinos que querían salir de noche, a hacerlo con faroles, que generalmente llevaba un esclavo.

Por la tarde, las familias concurrían al paseo llamado de la Alameda, situado donde hoy está el de Julio, a escuchar las retretas que tocaba la banda militar en el Fuerte.

En general, la vida que se llevaba era sumamente tranquila y familiar. No había teatros, ni diversiones. En las grandes festividades, como ser el aniversario del natalicio del rey, antes de la independencia, se efectuaban corridas de toros que atraían la atención del vecindario. El virrey concurría entonces con los miembros del Cabildo, corregidores, alguaciles, etc.

Los viajes

Por aquella época, no existían, como hoy, medios de locomoción rápidos y cómodos. La diligencia, que era un coche grande, tirada por mu-



Vendedor de velas



Gauchos corriendo carreras



Lavandera

chas yuntas de caballos, era el único medio de transporte. La usaban los habitantes para dirigirse al interior del país. Los viajes duraban días y días, en medio de mil tropiezos y dificultades y el arribo feliz, era considerado como una verdadera protección divina. Tales eran los riesgos a que se exponía el que deseara llegar a las provincias.

El comercio e intercambio de mercaderías se hacía por carretas tiradas por bueyes y que tardaban meses en llegar al punto de destino.

En tales condiciones, la vida en la colonia tenía que ser forzosamente lenta y despreocupada.

Más tarde, el ferrocarril vino a substituir a estas carretas que atravesaban la Pampa inmensa y solitaria, despertándola de su impresionante silencio con los gritos de los troperos o el desesperante chirrido de los ejes de las ruedas, que nunca se engrasaban. Los pobres conductores tenían que defenderse valerosamente de los malones de indios, que acechaban el paso de las carretas y daban muerte a los troperos, apoderándose de los productos que llevaban.

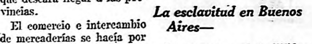
La esclavitud en Buenos Aires—

Veamos cómo pinta Wilde la situación de los esclavos de la colonia:

Grande era el número de negros que por aquellos años había en el país, esclavos todos.

Este estado entre nosotros, merece algunas observaciones.

"La esclavitud en Buenos Aires, — dice Vidal en sus



Vendedor de tortas

Observaciones sobre Buenos Aires y Montevideo, — es verdadera libertad, comparada con la de otras naciones".

Efectivamente, salvo algunas excepciones, algunos casos, raros felizmente, en que los amos (y lo que es aún peor), las amas, atormentaban más o menos a esta fracción desventurada del género humano, no han existido jamás ninguna de esas leyes atroces, ni castigos bárbaros, reputados necesarios para reprimir al esclavo.

Se les trataba, puede decirse, con verdadero cariño; siendo la excepción los casos raros que acabamos de mencionar. En fin, no hay punto de comparación entre el tratamiento nuestro y el que han recibido en muchas colonias americanas.

Antes de la época de que nosotros preferentemente nos ocupamos, Azara, en la relación que hace a este respecto, habla del trato dado a los esclavos, en términos que honran altamente el carácter español

Estaban, sin embargo, entre nosotros, por lo general, muy mal vestidos, y un corto número cruelmente tratados. Los negros llevaban un chaquetón de bayetón, pantalón de lo mismo o *chiripá*. Andaban descalzos o con *tamangos*, especie de *ojotas* hechas de suela o de cuero crudo de animal vacuno o de carnero, envuelto antes el pie en bayeta, trapos o un pedazo de jerga.

Más adelante, solía verse, (especialmente los domingos) algunos negros ataviados con los despojos de sus amos; presentando muchas veces, una figura muy ridícula; v. g.: con un sobretodo de largos faldones, una levita de talle corto cuando se usaba larga, un pantalón de un amo alto y gordo en un esclavo bajo o delgado, un sombrero de copa alta y bastón; porque, eso sí, el bastón con puño de metal jamás les faltaba en los días de gala. Algunos gastaban reloj de cobre, con cadena y sellos de lo mismo. En fin, parecían monos vestidos.

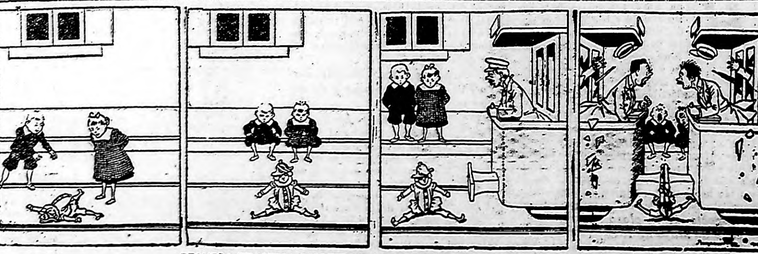
Las mujeres vestían casi siempre, enaguas de bayeta, prefiriendo los colores verde, azul o punzó; rara vez usaban zapatos. Sin embargo, en casa de varias familias pudientes, se veían negras jóvenes muy bien vestidas y calzadas, sentadas en el suelo cosiendo inmediato a sus amas en el *estrado*.




Paseo nocturno

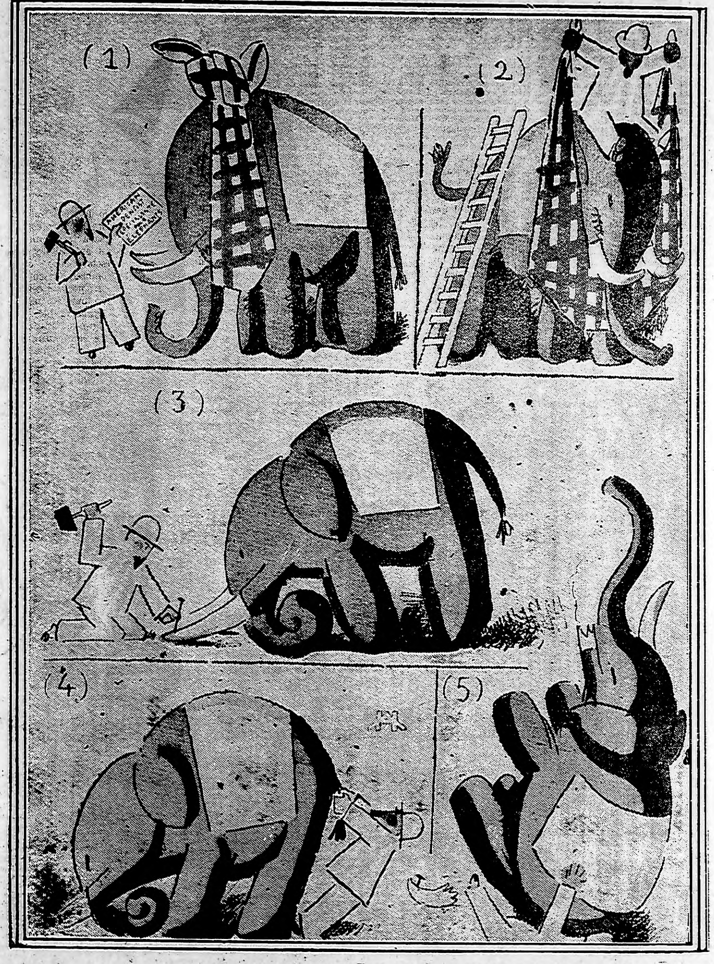


Figuras de antaño



PEQUEÑA TRAGEDIA CALLEJERA, O LA MUERTE DEL ARLEQUIN

EL "AMERICAN DENTIST" Y EL ELEFANTE



Don Crispiano Sonselli, primo hermano de Simón el Bobito, que se quiere hacer pasar por dentista norteamericano, ofreció sus servicios al elefante,que padecía un horrible dolor de muelas. Con un clavo., luego de desatarle el pañuelo que aliviaba el dolor del formidable trompifai, comenzó a machacar en los cuernos, y, dale que te dale, como buen dentista hizo una barrabasadaa, pues dejó clavado al dócil paquidermo en el suelo. Entonces, Crpiano Sonselli optó, para desclavarlo, por tironear fuertemente la cola del elefante, colgándose de ella como si fuera una hamaca, en tal forma que, al romperse el colmillo, el animal más grande y pesado del mundo perdió el equilibrio cayéndose algo así como de espaldas y aplastando al ingenuo destista, que perdió toda su dentadura de resultas del desgraciado suceso.

Conque, pibes, mucho cuidado con colgarse de la cola de ningún elefante...

EL CORAZON

TODOS tenemos nuestra debilidad. Yo tengo debilidad por las moras de zarza. Vosotros, acaso, por el automóvil. El profesor Górriz tenía debilidad por los bautizos, y por los bautizos reales. Siempre estaba esperando que le invitasen a la ceremonia bautismal de todos los infantitos, y claro está que nunca le invitaron, porque ni era gran señor, ni duque, ni siquiera comerciante en tocino, en te, o en cualquier otra cosa de categoría verdaderamente elevada, sino tan sólo un pícaro mago que por razones de economía y por el cuidado en servir a la parroquia había logrado hacer muy buenos negocios. No siempre había sido malo. En su niñez fué buenísimo, según creo, y su vieja nodriza, casada hacía ya mucho tiempo con un agricultor, solía decir que era el nene más precioso que gastó mantillas y que sus piernecillas gordezuelas eran las más bonitas del mundo. Pero desde entonces había cambiado mucho, como a tantos otros les pasa, y quizá su profesión fué motivo de ello. Bien sabéis todos —me atrevo a decirlo— que los zapateros remendones suelen ser flacos, los cerveceros, por lo general, gordos, y los magos, siempre unos pillos.

Bueno, pues aquella debilidad suya por los bautizos fué creciendo, creciendo cada vez más, en vista de que nunca se le daba gusto, y, por fin, harto de esperar, se plantó en un bautizo sin esperar a que le convidasen. La ceremonia fué magnífica; bautizábase un hijo del rey de las Islas Afortunadas, y al principio se le dió el nombre de Fortunato. Nadie se ocupó del profesor Górriz: tenían sobrada educación para echarle, pero le dieron a entender que nunca debía haberse presentado allí; se sintió intruso, como en realidad lo era, y aquello le enfureció de tal suerte, que cuando todas las brillantes, esplendorosas y risueñas hadas madrinas se apiñaban alrededor de la cunita de raso para ofrecer al niño sus dones de hermosura, fortaleza y bondad, hizo el Mago de súbito un encantamiento muy difícil, (y de memoria, como vosotros cuando echáis cuentas), y dijo:

—Todo eso ha de ser Fortunatito, pero le digo yo que será el príncipe más bobo del mundo. Dicho esto, se desvaneció en una nubecilla de humo encarnado que echaba una peste de dos mil demonios, y como no había dejado señas, el rey de las Islas Afortunadas no pudo seguirle por delito de alta traición.

Górriz se sintió feliz al pensar que había hecho desgraciada a tanta gente — porque toda la Corte incluso el niño, lloraba a lágrima viva cuando él desapareció —, y más cuando leyó en los periódicos la noticia de otro bautizo real, en el que podía, asistiendo, hacer desgraciada a mucha más gente. Se había señalado para su celebración la fecha del miércoles inmediato, y el Mago acudió a la ceremonia con disfraz de poderoso salchichero.

Tratábase entonces de una niña. Górriz se acercó a la cunita de terciopelo rosa, y cuando se le habían ofrecido a la Princesa todas las cualidades lisonjeras del mundo, gritó de pronto:

—Todo eso ha de ser, Anita, pero le digo yo que será la Princesa más fea del mundo.

Y la niña se volvió fea en el momento mismo. Aquello fué terrible. ¡Tan linda como era la criatura! Todos decían, poco antes, que nunca habían visto nena más linda; es lo que se oye más a menudo en los bautizos.

Luego que hubo vuelto fea a la desventurada Princesa, el Mago trató de recordar el ensalmo que le había de hacer desvanecerse, pero con gran horror por su parte, no hubo ni humareda roja ni peste infernal que se lo llevara, sino que siguió allí, en donde no deseaba permanecer de ningún modo. Una de las Hadas le había visto un segundo más tarde de lo necesario para salvar a la Princesa, y, dándose cuenta de lo que iba a hacer, había formulado un fuerte conjuro para evitar que se desvaneciese. Aquel Hada era una Maga Blanca, y, ya sabéis que la Magia Blanca es mucho más poderosa que la Magia Negra, y también mucho más a propósito para experimentos de salón. Así, pues, el Mago se quedó "como un cerdo abierto en canal", según dijo alguien, no muy cariñosamente, echando todos de ver que, pese a su disfraz, se trataba de un Mago. La buena Maga Blanca se inclinó y besó a la Princesita.

—¡Anita! — exclamó — guarda este beso hasta que tengas necesidad de él. Ya sabrás de qué modo has de emplearlo con el tiempo. Señor rey, el mago no puede ya desvanecerse. Debíais mandarle detener.

—¡Detened a ese hombre! — dijo el rey, señalando a Górriz. Supongo, señora, que vuestros encantamientos tendrán fuerza permanente...

—En absoluto —dijo el hada—; por lo menos no han de desaparecer mientras no sean inútiles.

Encerraron, pues, al mago en una torre de enorme altura y le dejaron jugar a cosas de magia; pero ninguna fórmula suya podía tener eficacia fuera de la torre.

Corrieron los años. El mago seguía en la torre, dedicado a los juegos de magia y aburridísimo —porque es muy triste eso de sacar del sombrero unos conejitos blancos, y extraer el sombrero de la nada, sin tener delante gente que os admire.

El príncipe Fortunato era un niño tan bobo que se perdió casi al principio de esta historia y se fué por el campo diciendo que se llama Jaime, lo cual no era cierto. Una panadera le encontró y le tomó por hijo; vendió los botones de diamantes de su abrigo por trescientos doblones y como era una mujer muy honrada, separó doscientos para que Jaime pudiese disponer de ellos cuando fuese mayor.

Corrieron más años. Anita seguía siendo horrorosa, y se tenía por muy desgraciada.

Sucedió entonces que decidió visitar, con su nodriza, al mago en su torre, cubierta con un velo para que no se notara su fealdad.

—¿No puedes salir? — preguntó la nodriza al mago, cuando estuvieron delante de él.

—No: las órdenes del rey han de respetarse, pro es una vida de perro. Hizo un puchero, se procuró un pañolito mágico sin más que cogerlo del aire, y se enjugó los ojos.

—Toma un aprendiz, hijo mío —indicó la nodriza.

—¿Para que aprenda mi arte? No en mis días.

—Figúrate que te traen uno bobo que no logre aprenderlo.

—Eso estaría muy bien; pero es inútil poner anuncios pidiendo un bobo; nadie se presentaría.

—No necesitas anunciarlo —dijo ella. Y salió para entrar de nuevo con Jaime, que era en realidad el príncipe de las Islas Afortunadas y también el chico del panadero a quien ella había traído consigo para que le llevase el caballo de las riendas.

—Oye, Jaime —le dijo—, ¿quieres o no quieres ser aprendiz?

—Sí —contestó el pobre niño bobo.

—Pues dale tu dinero a este señor.

Jaime hizo lo que se le mandaba.

—Mis últimas dudas se desvanecen — dijo el mago: es bobo. Nodriza, vamos a celebrar el acontecimiento con un traguito de cualquier cosa.

—¿Un vaso de vino? — dijo el mago. ¿Queréis beber un vaso d vino?

—No, gracias — dijo la princesa.

—Pues... quitáos el velo — agregó la nodriza, — porque si no, al salir, no advertiréis las ventajas de llevarlo.

—No puedo — dijo Ana— no sería prudente

—Demasiado linda, ¿eh? —continuó el mago. Tranquilizáos, que aquí estaréis segura.

—¿Entendéis de magia? — preguntó ella bruscamente.

—Un poco — contestó él con ironía.

—Bueno —dijo ella— es por esta razón: Soy tan fea que nadie se atrevería a mirarme, y deseo entrar de fregona en la cocina de palacio. Necesitan un cocinero, un pinche y una friegaplatos y he pensado que tal vez pudieseis darme algo que me hiciera bonita. No soy más que una pobre muchacha mendiga, y eso sería para mí una gran cosa.

—Idos enhoramala — dijo Górriz, muy enojado. Nada quiero con mendigos.

—Tome dos cuartos — mur

mur
dose
man
que
—
resp
Y
dió:
—
cuen
una
—
jo —
Aga
rita
ante
Nod
rrib
virti
cesa
—
driza



Fin del C

N DEL MAGO



murió el pobrecito Jaime poniéndoselos disimuladamente en la mano a la princesa. Es todo lo que he podido ahorrar.

—Gracias — cuchicheó ella en respuesta. Sois muy bueno.

Y dirigiéndose al Mago, añadió:

—Por casualidad tengo cincuenta doblones. Y los daré por una cara nueva.

—Trato hecho — gritó el brujo —. ¡Esta es otra boba! —. Agarró el dinero, levantó la varita de virtudes y cátate que ante los ojos asombrados de la Nodriza y del Aprendiz, la horrible muchacha mendiga se convirtió en la más adorable Princesa del mundo.

—¡Anda! — exclamó la Nodriza.

—¡Mi sueño! — gritó el Aprendiz.

—¿Querríais — interrumpió la Princesa — darme un espejo? Corrió el Aprendiz a descolgar uno que estaba encima del sumidero de la cocina y se lo alargó.

—¡Oh! — dijo ella —, ¡qué linda soy! ¿Cómo os lo podré agradecer ?

—Muy fácilmente — dijo el Mago —: mendiga y todo os ofrezco mi mano y mi corazón. Y llevándose la mano al chaleco, sacó del pecho el corazón. Era grueso y rojo y su aspecto desagradó a la Princesa.

—Os lo agradezco muchísimo— dijo — pero no quisiera....

—Insisto en ello — exclamó Górriz.

—Pero, a decir verdad, vuestro ofrecimiento...

—Generoso hasta más no poder, estoy segura — intercaló la Nodriza.

—Mi afecto está comprometido — respondió la Princesa bajando los ojos. —. No puedo casarme con vos.

—¿Os negáis? — preguntó Górriz, y la Princesa dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, pues entonces iré a vuestra casa, y hablaré con vuestro padre. No rechazará él un ofrecimiento así. Nodriza, ven a cepillarme el abrigo.

Salió, cerrando la puerta que estaba enfrente, y subió la escalera, con la Nodriza detrás.

Entonces la Princesa explicó en dos palabras al Aprendiz quien era.

—No quiero — añadió — que me vaya a ver a casa. Se encontrará con que soy la Princesa y me volvería otra vez fea en un dos por tres.

—No os verá en casa — dijo resueltamente Jaime —. Yo podré ser bobo, pero también soy fuerte.

—¡Qué valiente sois! — dijo Ana, llena de admiración —. Pero yo prefiriría escurrirme tranquilamente sin meter ruido. ¿Podréis abrir el cerrojo de seguridad que tiene esa puerta?

Trató de hacerlo el Aprendiz, pero era demasiado torpe, y la Princesa no tenía fuerza bastante para lograrlo.

—Lo siento — dijo el Aprendiz, o sea el Principe —. No puedo abrir la puerta; pero, cuando él la abra, lo sujetaré y podréis escaparos. He soñado con vos esta mañana — agregó.

—Yo también he soñado con vos — dijo ella —, pero erais distinto.

—Sí — confirmó él —; soñasteis que era listo, y lo soy. Puedo descorrer el cerrojo para que salgas. Vete, amor mío, vete antes de que vuelva.

La Princesa escapó, y tan a punto, que ella salía por una puerta y el doctor Górriz entraba por la otra.

Se enfureció al verla escapar; y no me atrevo a escribir las cosas que dijo a su Aprendiz cuando vió que Jaime había sido tan bobo que le había abierto la puerta para que huyese. No eran piropos, ni mucho menos.

Trató de salir en persecución suya. Pero la Princesa había prevenido a los guardias y no pudo salir.

—¡Oh! — gritaba —; ¡si mis viejas artes mágicas tuviesen efecto fuera de esta torre! Pronto la alcanzaría.

Entonces, de una manera extraña y confusa, pero muy cierta, sintió que el conjuro de la Maga Blanca, el conjuro que le tenía ligado, se desvanecía.

—¡Al Palacio! — gritó; y precipitándose en la caldera que colgaba encima del fuego, se sumergió en ella, saltando al suelo en forma de un león rojo, y desapareció.

Sin vacilar un instante, el Principe, o sea su Aprendiz, le siguió, pronunciando las mismas palabras y sumergiéndose en la misma caldera, mientras la pobre Nodriza chillaba y se retorcía las manos. En cuanto tocó el líquido de la caldera y saltó afuera otra vez, se dió cuenta de que no era el mismo de antes. Era, en efecto, un verde dragón. Sintió que se desvanecía — sensación nada tranquilizadora — y reapareció, con una rapidez que le dejó sin aliento, en su propia figura, junto a la puerta trasera del Palacio.

Corto había sido el tiempo transcurrido, pero ya el Mago había conseguido colocarse de cocinero del rey. Cómo lo pudo lograr no teniendo informes, es cosa que no sé. Quizá se los procuró por arte de magia, como se había procurado los huevos, las manzanas y el pañolito.

El asombro y el malhumor de Górriz al ver que su fiel Aprendiz le había seguido, calmáronse en seguida, porque comprendió cuán útil podría serle un pinche tan bobo. Por supuesto, él no tenía idea de que Jaime se hubiera vuelto listo.

—¿Pero cómo vais a guisar?— preguntó el Aprendiz —. ¡Si nunca lo habéis sabido hacerlo!

—Guisaré — dijo el Mago — como lo hago todo: por arte de encantamiento —. Y así lo hizo. Quisiera tener tiempo para contaros cómo preparó una comida de catorce cubiertos en unas cacerolas totalmente limpias, cómo fué Jaime a mirar si había especias en una alacena que halló vacía, y cómo, un instante después, vió salir de ella a la Nodriza. Tanto tiempo había estado solo el Mago, que no parecía sino que despertaba con ansias de que le admirasen, y saltaba de una alacena a otra, sacaba de unos jarros vacíos, gatos y cacatúas, y hacía aparecer y desaparecer ratones, hasta que Jaime le empezó a dar vueltas la cabeza, de tanta habilidad, y la Nodriza lloraba lágrimas de pura alegría ante la maravillosa destreza de su ahijado.

En aquel preciso instante llegó la Prncesa, más encantadora que nunca, con un sencillo vestido de mañana, todo blanco de gasas y diamantes.

—¡La muchacha mendiga! — exclamó el brujo — ¡ataviada como una Princesa! Pues he de casarme con ella, a pesar de todo.

—Vengo a dar órdenes para la comida — dijo Anita, y entonces él, cayendo en quién era, lanzó un débil grito y se quedó inmóvil, tembloroso.

¡Ordenes para la comida!...— exclamó la Nodriza —. Entonces sois....

—Sí — afirmó Anita —. Soy la Princesa.

—¡Sois la Princesa!... — replicó el Mago —. Pues bien, con mayor motivo he de casarme con vos. Y si os negáis, apenas me hayáis dicho que no, os volvéis fea. Vaya! ¿Conque vosotros creéis que me he estado entreteniendo con los guisos?... Pues lo que hice fué elaborar el encalmo más fuerte del mundo. Casáos conmigo, o bebed...

Aquellas terribles palabras hicieron temblar a la Princesa.

—Bebed, o casáos conmigo — repetía el Mago —. Si os casáis conmigo seréis hermosa para siempre.

—¡Alto! — gritó entonces Jaime —, si dais un paso más para acercaros a esa señorita, os clavo el cuchillo.

El Mago dió un verdadero brinco de terror y agonía.

No se atrevió el Mago a resistir, y los guardias le detuvieron. La Nodriza, hecha un mar de lágrimas, consintió en guisar un suculento y sencillo almuerzo, y, cuando hubieron comido, compareció el Mago ante el Rey.

El Mago, para vengarse, informó al rey que Jaime pretendía a la Princesa. El monarca se enojó mucho.

La cuitada Princesa miró a su enamorado, en cuya boca vió formarse esta palabra: Promete.

Pero algo le pasó el enojo al rey cuando se puso en claro que el Aprendiz era en realidad el Príncipe de las Islas Afortunadas, y estaba más contento que unas pascuas cuando la Nodriza se acercó a su trono para pedirle que dejara otra vez en libertad al Mago, sobre todo porque cuando era pequeñito era el nene más precioso que gastó mantillas y tenía las piernecitas más gordas y más bonitas del mundo.

Y así fué. El Mago recobró su libertad, perdonado, y la Princesa se casó con el prometido.

Cuento



AMENIDADES

CHASCARRILLOS

Swift ,el gran autor cómico entró un día en un vagón de primera clase, se sentó, sacó un cigarro puro y comenzó a fumar tranquilamente. Un señor que estaba enfrente de él le dijo:

—Caballero, haga el favor de no fumar.

—Caballero — le contestó el autor cómico, — haré lo que me parezca.

—¡Ah sí,! — replicó el otro, amoscado.

—¡Ah, sí! — contestó nuestro humorista.

—Ahora lo veremos. El viajero se levantó, tiró del timbre de alarma e hizo parar el tren.

—¿Qué pasa, qué pasa? — preguntaban los viajeros.

—Pasa — dijo el viajero enfurecido, — que este señor está fumando en este vagón, y éste es un vagón de no fumadores.



El revisor se dirigió entonces al escritor humorista y le dijo que no fumara. Este respondió con mucha calma:

—Señor revisor, empiece usted por echar de este vagón a ese caballero que protesta, porque va en un vagón de primera y lleva un billete de segunda.

El revisor pidió el billete al otro caballero, y, en efecto, el billete era de segunda.

Como los demás no protestaban, sino que estaban, por el contrario, deseando fumar, todos dejaron a nuestro buen autor tranquilo en el vagón, echaron al otro a segunda y el tren volvió a marchar terminado el incidente.

—Pero, vamos a ver — preguntó un compañero de vagón a nuestro autor cuando el tren estaba en marcha, — ¿cómo ha podido usted adivinar que ese señor llevaba un billete de segunda?

—Pues muy sencillo — contestó nuestro autor — porque llevaba la mitad del billete asomando por el bolsillo y he visto que era del mismo color que mi billete.

* * *

A un individuo le robaron una vez su caballo. En seguida hizo que el pregonero dijera por toda la ciudad que le devolvieran el caballo porque si no le devolvían el caballo en el término de veinticuatro horas, se vería obligado a hacer lo mismo que había hecho su padre en una ocasión parecida.

El ladrón del caballo temió que el otro fuera a hacer algo tremendo y le devolvió el caballo.

—Me alegro — volvió a decir el dueño de éste — porque si no me lo llega usted a devolver hubiera tenido que hacer lo mismo que hizo mi padre.

—Pero, bueno — preguntó el otro, que no quería quedarse con la curiosidad de saber de qué se había librado. ¿Qué ero lo que hizo su padre?

—teneıse que volver a pie y con la silla a cuestas — dijo el otro.

* * *

En un trasatlántico viajaba en cierta ocasión un gran empresario de teatros, con una porción de cantantes que había contratado. En la travesía se vieron, conociéndose unos a otros.

—¿Usted qué es?

—Yo soy primer tenor.

—Hombre, pues yo también soy primer tenor — contestó el mismo.

—Yo soy primer tenor también —dijo otro.

—Pues yo también.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Había diez individuos, y los diez eran primeros tenores, y a los diez los había contratado el mismo empresario para cantar los mismos papeles en las mismas obras. Aquello era muy chocante. ¿Por qué había de necesitar aquel hombre diez personas para el mismo papel?

Decidieron llamarle y preguntárselo.

El empresario explicó:

—Pues muy sencillo: porque como vamos al Brasil y hay una epidemia tremenda de fiebre amarilla, no quiere encontrarme un día con que no tengo tenor.

* * *

Había una vez un individuo muy tramposo, de fama de sablista, y todos los amigos le huían.

Un día se acerca a un conocido y le dice:

—Hombre, me alegro encontrarte; quiero pedirte un favor.

—¿De cuánto? — preguntó en seguida el otro, sabiendo que los favores que pedía eran siempre de dinero.

—Quiero que me prestes mil pesetas.



—Pero, hombre, ¿mil pesetas? ¡Qué barbaridad! ¿Qué quieres hacer con mil pesetas?

—Quiero pagar todas mis deudas. No quiero deber a nadie.

¿POR QUE ALGUNOS ANIMALES TIENEN LUZ?

Paseándoos por el campo en las noches de verano, os habrá llamado la atención ver entre la hierba unas lucecillas, y en seguida habréis preguntado la causa de esas pequeñas iluminaciones. Pero, acaso nada más os dijeron que eran luminosidades despedidas por unos bichitos llamados gusanos de luz. Nosotros os vamos a decir un poquito más.

En efecto, hay unos pequeños insectos que producen luminosidades, vulgarmente conocidos por el nombre de luciérnagas o gusanos de luz; pero su nombre científico es "Lampuris noctiluca". Estas fosforescencias las emiten cuando son irritados sus nervios por excitaciones provocadas por el frote, el calor u otros diversos medios.

Habitan estos gusanos en lugares húmedos, y permanecen durante el día ocultos entre las hierbecillas.

Cuando vuelan los machos de esta especie animal lo hacen en dirección vertical, iluminándose la extremidad de su cuerpecillo.

Las hembras, que por no tener alas quedan en el suelo, se doblan entonces sobre sí mismas, dejando hacia arriba la parte iluminada. De este modo procuran hacerse ver por los que revolotean, para luego reunirse con ellos.

No solamente son las luciérnagas los únicos animales que pueden despedir luz: existen otras especies, entre las que puedo citaros a las "Medusas, seres acuáticos que, agrupados en gran número, iluminan, aunque débilmente, grandes extensiones en el mar, produciendo agradable impresión a los pasajeros de los trasatlánticos que navegan por los océanos en que se encuentran.

EL AZUCAR

Vosotros, estimados amiguitos, sois aficionados a las golosinas, y por los dulces y confites tenéis verdadero entusiasmo.

Con ello, y sin que probablemente os lo hubiesen indicado, demostráis saber emplear lo que tanto conviene a vuestro organismo. El azúcar es, en efecto, un poderoso alimento, hasta el extremo de que sin él casi no se podría vivir. Su valor hoy día es bajo, muy barato, si se le compara con los precios elevadísimos que alcanzó hasta hace algunos años, y su baratura actual se ha conseguido gracias a la perfección de los métodos empleados para su económica producción y extracción en las grandes industrias.

El azúcar se obtiene de los vegetales, principalmente de la caña de azúcar y de las raíces de esa planta carnosa, que habréis comido más de una vez en ensalada, cortada en rajas, de color rojizo, cuyo nombre es remolacha.

También tienen azúcar muchos árboles, y especialmente el arce, cuya savia, que es como la sangre de los árboles, la contiene en gran cantidad; existe en todas las frutas también, a las que comunica el delicioso sabor que tanto os gusta. Sin embargo, a pesar de su abundancia en la Naturaleza, se extrae casi exclusivamente de la caña y remolacha.

La caña fué el vegetal primeramente usado. Ya en siglos anteriores a Jesucristo se sacaba el azúcar de la caña, y los indios parece fueron los que primeramente la cultivaron.

A los persas se debe su empleo como medicamento para fortalecer a las personas debilitadas y aun para cicatrizar las heridas.

Descubierta América, allá fué llevado el cultivo, y en aquellas fértiles tierras de centro y sur de América adquirió importancia inmensa su fabricación.

Hoy día en Europa se explota la remolacha con gran éxito.

Cuando después de haber andado mucho os encontréis fatigados, comed azúcar, que él os devolverá las energías perdidas.

ROMPECABEZAS

Estas personas han quedado en semejante estado después de un choque de automóviles. ¿Quién será el pibe tan inteligente que le vuelva a colocar a cada uno lo que le falta?

COMO DUERMEN LOS ANIMALES

Empezaremos una rápida revista con un exámen de la manera de dormir nuestros parientes más cercanos en el mundo animal. El orangután comparte con nosotros la distinción de ser el único individuo de la especie animal que por lo general duerme de - espaldas. En sus selvas nativas de Sumatra y Borneo, estos grandes monos pelirrojos construyen sus nidos en las ramas altas de los árboles para descansar en ellos tranquilamente, muy lejos del alcance de sus enemigos más terribles.

El chipancé, sin embargo, no duerme de espaldas; su posición favorita para el descanso es tenderse de costado y colocar un brazo debajo de la cabeza. En esto procede exactamente como los niños. El gorila prefiere también esta actitud, aunque en uno que otro caso duerme cómodamente con la cabeza metida entre las rodillas. Esta última posición parece ser la más corriente entre los monos de las especies inferiores.

Como es sabido, la mayor parte de los pájaros se mantienen en posición mientras duermen asiéndose fuertemente a su percha con los dedos de los pies.

Con respecto a las horas de descanso, las diferencias son también muy notables entre los animales :unos duermen por lo general de noche, y otros lo hacen durante el día. Si todos los seres de la creación vivieran en paz unos con los otros y se mantuvieran exclusivamente de vegetales, es indudable que todos eligirían la noche para descansar y el día para ejercer su actividad. Pero en toda la naturaleza asistimos a una gran lucha entre los animales que quieren devorar a sus semejantes y los que no quieren dejarse devorar.

Ahora bien: desde que la luz del día entrega un animal a sus enemigos cuando sale en busca del indispensable sustento, este animal le conviene más alimentarse de noche y dormir metido en agujeros o en matorrales durante el día.



Esto sucede más especialmente con los animales que habitan los lugares boscosos, donde abundan los refugios; porque en los llanos y praderas casi todos los más grandes cuadrúpedos, como el caballo, el bisonte, el antílope, duermen por lo general de noche y vaban durante el día. Hemos dicho los más grandes cuadrúpedos, porque muchos de los pequeños que viven en la llanura, como los ratones, las ratas, los campañoles y los conejos, a quienes persiguen las aves de presa, están especialmente expuestos al peligro durante el día, desde que sus enemigos, en quienes la vista penetrante es el principal recurso, no pueden obrar sino entonces.

Salta a la vista que sería una dificultad para los animales de cuernos largos el apoyar la cabeza en el suelo, a la manera del potrillo, y en realidad parecen no desear eso absolutamente. La cabeza y los cuernos de muchos tienen un peso desmesurado, y a primera vista parece muy extraño que estos animales pueden descansar bien si tienen que mantener erguida la cabeza con su fuerza muscular. Pero lo cierto es que para eso muy poca fuerza muscular se necesita.

El caballo, aunque parece más dormilón que el buey, rara vez duerme con la cabeza apoyada en el suelo. Es bien sabido que el caballo puede dormir de pie, y hay algunos a los que no se les puede inducir a echarse cuando están en el establo. Pero se ha visto que estos caballos son menos útiles para el trabajo que los que descansan en la forma corriente.

Estando en el campo, todos los caballos, salvo los que se hayan estropeado por enfermedad o accidente, se echan para dormir, doblando las patas debajo del cuerpo. Pero a los animales de patas cortas y gruesas, como el elefante, el hipopótamo y el rinoceronte, les es difícil doblar esos miembros debajo del cuerpo a la manera de sus parientes más delgados, y entonces duermen de costado, como los cerdos.

Entre los carnívoros, las diferencias en cuanto a la



manera de dormir son muy escasas. Todos los parientes del gato y del perro, tanto los grandes como los chicos, se hacen un ovillo para dormir. Es un detalle curioso el de que, en los países fríos, todos los animales de la clase del perro, como los zorros y los lobos, tienen la cola gruesa, cuyo objeto especial parece ser el de servir de cobertores o respiradores mientras el animal duerme.

La curiosa costumbre que tienen los perros de dar unas cuantas vueltas antes de echarse se ha interpretado como un resabio del tiempo en que el perro salvaje se acostaba entre los matorrales de la selva y enmarañaba con sus patas la hierba para formarse un mullido lecho. En apoyo de esta teoría se cita el hecho de que si el perro se echa y se encuentra incómodo, se levanta en seguida para dar



unas cuantas vueltas más sobre el mismo sitio, con la idea tal vez de mejorar así las cosas.

Tanto los perros como los gatos parecen no necesitar absolutamente un sueño largo y profundo, y se contentan con dormir a ratos.

Los osos no tienen postura para dormir; se les ve tomar un sinnúmero de posiciones divertidas, como si todas fueran para él a cual más cómoda.

Los canguros no se preocupan mucho tampoco de la posición de sus cuerpos mientras duermen. Lo único que parecen necesitar para su comodidad es una temperatura templada y mucho espacio.

Muy poco hay que decir también con respecto a la manera de dormir de los pequeños roedores, como los conejos, las ratas y los ratones, desde que a estos animalitos tampoco parece importarles gran cosa la posición de sus cuerpos durante el sueño.







HISTORIETA MUDA.—La venganza del caracol

EL PERRO GUARDIAN O SALVESE QUIEN PUEDA



1. Es más de media noche



2. ¿Eh?



3. Oigo ruido.

4. ¿Quién anda



5. Es por el lado de la puerta



6. Están falseando la cerradura



7. Parece que abren



8. Si llega a ser un ladrón, me le como.



9. ¡Si que lo es! ¡Sálvese quien pueda!